

dando y defendiendo; y, por fin, la entrega á los hombres para que con su cultivo esmerado dé abundantes y sazonados frutos. Pero ¡oh ingratitud enorme é increíble del hombre! Cuando el Señor manda á sus criados que reciban los frutos, son maltratados y asesinados por los renteros de la viña; y si se resuelve á enviar á su propio Hijo, se enfurecen contra Él, y arrojándole de su propia viña, le asesinan vilmente. Así procedieron los judíos en la ley antigua, los cuales, después de haber perseguido á casi todos los profetas del Señor, viniendo su Hijo, lo arrojaron de su ciudad, poniéndole en poder de los gentiles: así has obrado tú muchas veces, ahogando dentro de ti las divinas inspiraciones, y crucificando en tu corazón al mismo Hijo de Dios vivo con la culpa. ¿No te remuerde la conciencia de haberte portado de un modo tan ingrato? ¿No te hallas dibujado en esta parábola? Pues ¿qué debes hacer para apartar de ti los castigos que mereces y con que el Señor te amenaza? Con la humildad, arrepentimiento y mudanza de vida, atraerás las misericordias y perdón de tu Dios. Mira, pues, lo que debes resolver y proponer; obra como si hoy mismo hubieras de dar á Dios la cuenta; ruega con gran espíritu y fervor, pidiendo por ti y por todas las cosas que te han encargado.

129.—PARÁBOLA DE LOS CONVIDADOS Á LA BODA.

PRELUDIO 1.º Un Rey celebró las bodas de su hijo, y habiendo convidado á muchos, se excusaron de asistir por varios pretextos.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.º Pide grande docilidad y obediencia al llamamiento del Señor.

Punto 1.º *Qué representan las bodas para las que Dios convida gente.*—Un Rey celebró las bodas de su hijo, y mandó á sus criados á que llamaran á los convidados. Acerca de esto has de considerar cómo el Padre eterno, Rey de cielos y tierra, por sola su bondad y misericordia, quiso que su Hijo Unigénito se desposase con la naturaleza humana, uniéndola consigo en unidad de persona, dotándola con tantas joyas de gracia y virtudes, cuantas convenían á esposa de un Hijo que era en todo igual á su Padre. De modo que no quiso que se uniese con la naturaleza angélica, que era más noble y más perfecta, y dispuso que se desposara con la humana, tan vil y fea como era después del pecado. Pero pasó más adelante la bondad de este celestial Padre, porque también quiso que su Hijo, Dios y hombre verdadero, se desposase y celebrase las bodas con la Iglesia, que es la congregación de los fieles, juntando consigo las almas justas con unión de caridad, y adornándolas con virtudes cuales convienen á esposas de tan soberano Rey. ¡Qué dicha tan grande para tu alma el poder aspirar á la dignidad de espo-

sa de Jesús! ¡Cuánto conviene para esto que te laves con la penitencia, te unjas con la devoción y te adornes con virtudes celestiales, para que seas recibida por esposa de este Esposo celestial! Mas no para aquí la bondad de nuestro Dios; porque si esta merced la ofreciera solamente á pocas almas, y esas de personas muy nobles ó muy letradas, ó de grandes prendas, fuera sin duda grande beneficio; pero muy mayor es que llama á muchos para que tengan parte en estas bodas, sin excluir á ningún hombre, aunque sea vil, idiota ó grande pecador, y aunque le haya quebrantado muchas veces la lealtad de este divino desposorio. ¡Oh piélagos inmenso de la caridad de Dios! ¿Qué hay en el hombre para que así le magnifiquéis, y por qué ponéis en él vuestro corazón? ¿No sabéis que le es casi connatural la ingratitud con Vos? Agradece el favor más insignificante de un amigo, y no agradece los que Vos le hacéis, aunque infinitos. ¿Cómo no salgo de mí, considerando este abismo de la caridad divina? ¡Oh alma! Anímate á aceptar este divino desposorio que te ofrecen, pues con él te trocarás de fea en hermosa, de vil en noble, de pobre en rica, y de terrena en celestial. ¿Cómo debes disponerte para él?

Punto 2.º *En qué consiste el convite de estas bodas, y quiénes son á él convidados.*—Considera cómo, para solemnizar estas bodas, así el Rey del cielo como su Hijo Jesucristo, hacen un convite y cena espléndida, en la cual se sirven tres suertes de platos ó manjares preciosísimos. El primero, es de doctrina celestial y divina, para sustento del entendimiento ilustrado con la fe, el cual come este manjar cuando oye la palabra de Dios, ó la lee en los libros sagrados y devotos, ó cuando á sus solas la medita, comunicándole Dios luz y gusto grande en ella. El segundo, es de preceptos y consejos admirables y de grande perfección, para sustento de la voluntad deseosa de su salvación, la cual come este manjar cuando cumple la voluntad de Dios en todas las cosas que manda y en las que aconseja, infundiéndola grande alegría en esta amorosa obediencia. El tercero, es de Sacramentos llenos de gran virtud, para comunicar la gracia y las virtudes y dones celestiales, que vivifican, sustentan y perfeccionan las almas; entre los cuales el más principal es el Santísimo Sacramento del Altar, en donde el mismo Esposo Jesucristo, Dios y hombre verdadero, da real y verdaderamente por manjar su cuerpo en especies de pan, y por bebida su sangre, cubierta con especies de vino, para regalo y sustento de las almas que le reciben, y para unir las consigo como esposas, con unión de amor perfecto. Á la participación de estos tres manjares son convidados todos los hombres del mundo, ya por medio de los predicadores, que son como los criados del Rey soberano;

1 Ose., II, 19; II Cor., IX, 2.—2 Luc., XIV, 16.—3 Job., VII, 17.

ya por medio de secretas inspiraciones con que el Señor los mueve interiormente á que asistan al convite. ¡Oh convite soberano! ¡Oh cena grande, y sobre todas las que ha habido y habrá por extremo excelentísima! ¡Oh bienaventurados los que son llamados á esta cena del Cordero! En ella el Cordero divino, que quita los pecados del mundo, es el que convida y el convite, el que da de comer y el que es comido, purificando con esta comida al que le come y llenándole de deleites del cielo. Mira bien, ¡oh alma fiel!, á qué eres convidada, y procura buena disposición. ¿Alimentas tu entendimiento y voluntad con los regalados manjares que te da Jesús? ¿Consideras y meditas su doctrina y practicas sus consejos?

Punto 3.º *Los convidados se excusan de asistir.*— Considera cómo varios de los convidados se excusaron, pretextando diversos motivos, que son los que indica san Juan² que impiden el servicio de Dios; conviene á saber: la soberbia de la vida, codicia de los ojos y concupiscencia de la carne. El primero que se excusó, dijo: «He comprado una heredad, y tengo necesidad de salir á verla; ruégote me tengas por excusado». Donde se denota que la soberbia de la vida, la curiosidad de la vista y de los sentidos, y la solicitud de mirar y atender á las cosas propias, nos impide responder al divino llamamiento. El segundo dijo: «Compré cinco yuntas de bueyes, y voy á probarlos; ruégote me tengas por excusado». Por lo cual se entiende que la codicia de bienes temporales, de granjerías demasiadas, y la muchedumbre de ocupaciones poco necesarias, impide lo mismo. El tercero dijo: «Heme casado, y por esto no puedo ir». No dice, tenme por excusado, para significar que el deleite del matrimonio le tenía embriagado y enajenado de sí; y el hombre aficionado á los gustos sensuales, aunque lícitos, pero tomados con ilícita demasía, llega á perder, no sólo la afición á las cosas espirituales, sino hasta se olvida de las reglas de la educación cristiana y social. Y si esto hacen los lícitos, ¿qué harán los ilícitos y prohibidos por la ley de Dios? Pondera, finalmente, cómo otros hombres, con mayor desvergüenza, no sólo no quisieron ir al convite, sino que mataron á los criados que les invitaban; en los cuales se representan aquellos ingratos pecadores que aborrecen y persiguen á los predicadores y confesores, y á los que reprenden sus vicios y les aconsejan lo que les conviene, y con el cuchillo de la lengua les quitan la honra, fama, y cuanto es de su parte, la vida de cuerpo y alma. ¡Oh Rey eterno! Ablandad la dureza de los rebeldes, judíos, herejes é infieles que resisten á vuestras inspiraciones y matan á vuestros ministros, que les llaman á vuestras bodas y convite; templad, Señor, vuestra ira y tened de ellos misericordia. ¿Hemos oído nosotros el llamamien-

² Apoc., xix, 9. — ¹ I Joan., ii, 16.

to divino en nuestro corazón? ¿Nos hemos excusado por seguir nuestros gustos?

Epílogo y coloquios.— ¡Oh bondad infinita del Padre celestial! Deseoso de salvar á los hombres, y usando con ellos de una misericordia que no había usado con los ángeles, resuelve que su Hijo Divino, la segunda persona de la Santísima Trinidad, se una en divino desposorio con la naturaleza humana, formando con ella una sola persona, que á la vez es Dios y hombre; pero, no quedando satisfecha con esto la divina caridad, quiere que este Hombre Dios se una con toda la Iglesia, y aun con cada una de las almas que la componen, desposándose amorosamente con ellas. ¡También nosotros somos llamados á esta celestial unión! ¡También nosotros podemos aspirar á la participación del divino banquete con que el Señor solemniza estas bodas celestiales! ¡Qué manjares tan preciosos se sirven en él! ¡Qué alimentos tan nutritivos y deliciosos! Doctrina celestial y divina, preceptos y consejos santísimos, Sacramentos y sacrificios regalados y eficaces para sustentar el alma. ¿Pueden darse platos más exquisitos? Mas, ¡quién lo creyera! Aunque Dios nuestro Señor convida á todos los hombres para que vengan á tomar parte en este banquete espiritual, muchos se excusan, y, esclavos de sus aficiones sensuales, sólo piensan en sus entretenimientos mundanos. Bien ha dicho el Apóstol¹, que el hombre animal no conoce las cosas que son del espíritu de Dios. Y nosotros, ¿hemos sido llamados á este convite á alimentar nuestro entendimiento con la doctrina divina, nuestra voluntad con los consejos y preceptos de Jesús? ¿Hemos resistido á este llamamiento? ¡Oh inconsecuencia del hombre! Si él llama á sus subordinados, exige con rigor la más absoluta sumisión, y, entretanto, él no quiere someterse al Señor cuando le llama. ¡Cuántas veces le hemos resistido! Propongamos nosotros con eficacia la enmienda; y para lograrla, roguemos fervientemente, no sólo para nosotros, sino también para todos los demás.

130.—NUEVOS CONVIDADOS Á LA BODA.

PRELUDIO 1.º Viendo el Rey que los convidados habían rehusado asistir á su convite, mandó á sus criados que llamasen á toda clase de personas, y habiendo entrado uno sin vestido de boda, fué reprendido y castigado severamente.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de conservar siempre el vestido nupcial de la gracia.

Punto 1.º *Manda el amo que sean llamados todos los hombres al convite.*— Considera cómo viendo el Rey que el convite estaba aparejado y los llamados habían rehusado asistir, mandó

¹ I Cor., ii, 14.

á sus criados que fuesen por las calles, plazas y encrucijadas, y que llamasen á cuantos topasen, hasta que se hinchese la mesa de convidados¹. Acerca de lo cual has de ponderar la inmensa generosidad y caridad de Dios, que no se cansa del linaje de los hombres, porque muchos desprecien sus convites y favores, aunque sean los más principales del mundo, y los más letrados y aventajados, los cuales de razón habían de ser más comedidos, antes, viendo que éstos por su culpa son indignos de estos beneficios, quiere que con eficacia sean llamados los viles y despreciados, y la gente que no tiene en el mundo cosas que les traen el corazón. Y admite á los buenos y á los malos; esto es, á los que tienen bueno ó mal natural, buenas ó malas inclinaciones, para que todos se hagan buenos y santos, gozando de su convite, aunque algunos después hayan de ser malos. Y lo que más admira, es que en especial manda llamar á los pobres y tullidos, ciegos y cojos; y que si estos no bastan, llamen á cuantos topen, y que los compelan á entrar, no con fuerza de brazos, sino con fuerza de milagros y razones, y con la fuerza que hace la buena y santa vida del predicador. De este modo la mesa y casa de Dios se hinche de los llamados; porque nunca le faltan medios para llenar sus trazas y para cumplir el número de sus escogidos; porque si unos le resisten, sabe, puede y quiere llamar á otros, de modo que no le resistan, y así no temas que la casa de Dios esté despoblada, si Él quiere poblarla; ni las casas de la religión tendrán falta de gente llamada para ellas, pues Dios es el que las fundó y el que ha de llamar quien entre en ellas. ¡Oh Padre de misericordia! Pues que á nadie queréis forzar contra su voluntad á que os sirva y siga vuestro llamamiento, forzadme con tal fuerza interior, que trueque mi voluntad rebelde, y la haga rendida con mucho gusto á la vuestra; llenad vuestra casa de convidados, que, aprovechándose de los preciosos manjares que les dais, crezcan en virtud y santidad y os tributen grande gloria. ¡Oh alma! Mira tu vocación y consérvala con cuidado, para que otro no arrebaté tu corona. ¿Qué has de resolver y practicar para esto?

Punto 2.º *Un convidado entró en el festin sin el vestido de boda, y fué ásperamente reprendido.*—Considera cómo, entrando el Rey á ver á los que estaban en el convite, entre ellos vió á un hombre que no estaba con vestidura de boda, y díjole: «Amigo, ¿cómo entraste aquí sin ropa de boda?» Y él enmudeció. Pondera acerca de esto que no basta consentir con el divino llamamiento, y venir á su convite y cena con sola la virtud de la fe, sino que es necesario venir con vestidura de boda, que es la caridad y pureza de vida, la cual hace al hombre digno de estar en este convite, de modo que agrade á Dios, que le convidó. ¡Ay

¹ Matth., xxii, 10. — ² Matth., xxii, 11.

de ti, si sin tal requisito te acercas á la Mesa sagrada! Pondera cómo el Rey del cielo, al fin del mundo, ó al fin de la vida de cada uno, ha de venir á ver á todos los convidados, y á juzgar sus obras y vidas, mirando si hay entre ellos alguno que no haya asistido con la dignidad y decencia que convenía, para castigarle severamente, como castigó á los que no quisieron venir al convite. Y de este juicio ninguno se puede escapar, y esta es la causa por qué, siendo muchos los malos que se condenan, dice el Señor que vió solamente á uno sin ropa de bodas; para que entiendas que, aunque entre todos los cristianos del mundo no hubiese más que un solo malo que comulgase mal, ó no guardase la ley de Dios, ese no se podría esconder, porque los ojos de Dios le descubrirían y condenarían. Pondera, finalmente, la terribilidad de aquella reprehensión del Rey, dada, no por odio de la persona, porque ya no le llamaría amigo, sino por celo de la justicia contra aquel que se presentó sin el vestido que debía. «¿Cómo entraste aquí? esto es, ¿quién te dió atrevimiento para entrar con vestidura tan sucia y asquerosa?» ¡Qué confusión tan grande padecerá el desventurado pecador cuando se vea reprender de Cristo en presencia de los ángeles, y quede tan convencido, que enmudezca, no teniendo qué responder! Y ¿no temes tú, alma mía, esta reprehensión? ¿Te has presentado alguna vez al convite divino sin el vestido nupcial de la gracia? ¿Cómo te hallas actualmente? ¡Oh buen Jesús! Repréndeme en esta vida con misericordia, de modo que yo calle con humildad, y acepte vuestra corrección para mi enmienda y alcance la vida eterna.

Punto 3.º *Castigo de aquel desgraciado que se presentó sin el vestido nupcial.*—Considera cómo el Rey, airado contra aquel hombre que se había presentado á su convite sin la ropa de boda, dijo á sus criados: «Atadle de pies y manos, y echadle á las tinieblas exteriores, en donde habrá llanto y crujir de dientes». ¡Qué sentencia tan terrible, y qué penas tan dolorosas abraza! Y esta es la sentencia que se da al pecador, y en ella se le imponen cuatro penas; á saber: La primera es cárcel perpetua, sin poder salir jamás de ella. Esto denota atarle de pies y manos, de modo que no pueda desatarse, en castigo de la soltura con que vivió en esta vida. La segunda es obstinación en el mal, sin quedarle libertad para obras buenas significadas por las manos, y para buenos afectos significados por los pies, en castigo de que él se ató en esta vida los pies y las manos con las cadenas de sus pasiones y aficiones desordenadas. La tercera es tinieblas extremas y terribles, así del alma por la privación de la vista de Dios, y obscuridad del juicio, tupido con su miseria, como tinieblas exteriores del lugar infernal, porque el fuego abrasa y no da luz. La cuarta es llanto y crujir de dientes per-

¹ Matth., xxii, 13.

petuo, porque llorará acordándose del convite en donde estuvo, y del aparejo que tuvo para salvarse, y de que por su descuido no se aprovechó de la buena ocasión, y llorará por la miseria que ahora padece, y el llanto será con crujimiento de dientes, por la rabia é impaciencia que tendrá en los tormentos, viéndose sin esperanza de salir de ellos. Todo esto mandará el Rey á los ministros ejecutores de su justicia, que son los demonios; los cuales, arrebatando al miserable convidado, le arrancarán de la casa del convite, que es la Iglesia, y le arrojarán en la cárcel del infierno, que es su morada. ¡Oh Rey eterno y Juez justísimo! Vuestros juicios son rectos, aunque terribles con los malos; yo me presento ante Vuestra Majestad, atado de pies y manos, no con cadenas de obstinación, sino con cadenas de obediencia, aparejado para no resistir á cuanto me mandareis. Confirmad, Señor, esta voluntad con las ataduras de la caridad, para que, siendo constante en amaros y obedeceros, llegue á veros y gozaros para siempre. ¿No tememos los rigores de la justicia divina? ¿Los hemos merecido en algún tiempo? ¿Qué nos dice actualmente nuestro corazón?

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuán invencible es la paciencia de Dios! Vese menospreciado por muchos que desechan sus ofrecimientos; pero no se cansa, é insiste en llamar; si los ricos no son dóciles, llama á los pobres; si los sabios se hacen sordos á su voz, se dirige á los ignorantes; al fin logra que se llene su casa. Su palabra no cae en vano sobre la tierra; sus trazas se han de cumplir exactamente. ¡Quién no confiará en un Señor tan poderoso, que hace cuanto quiere en el cielo y en la tierra, y tan benigno, que, sin acepción de personas, admite á su mesa hasta los cojos, tullidos y gente más despreciada? Mas ¡ay de aquel que no se presente con el adorno de la gracia! Cuando el Señor visite en la muerte á los llamados, no podrá esconderse entre la muchedumbre; mal que le pese, será encontrado; y aunque todos sean buenos, si él solo es malo, caerá en las manos de un Juez rectísimo y Rey omnipotente, el cual, después de haberle ásperamente reprendido y avergonzado á la faz de todo el mundo con sentidísimas frases, le entregará á sus ministros para que eternamente le atormenten. ¡Oh dolor! Será atado de pies y manos, privado de libertad en horrible cárcel, obstinado en el mal, envuelto en palpables tinieblas interiores y exteriores, y presa de horrible desesperación, que se traducirá en amargo llanto y crujimiento de dientes, vivirá muriendo por toda la eternidad. Y ¿no tememos tan espantoso desenlace? ¿Hemos merecido alguna vez este castigo? ¿Nos hemos presentado delante de Dios sin el vestido nupcial de la gracia? ¿Hemos osado acudir á su divino convite de un modo que no nos hubiéramos atrevido á presentar delante de un hombre? En este caso, ¡ay de nosotros!... Pero no desesperemos; tratemos de desan-

dar lo andado, haciendo para ello aquellos propósitos que nos convenga. Pidamos gracia para cumplirlos, y remedio para todas las necesidades.

131.—PARÁBOLA DE LAS DIEZ VÍRGENES.

PRELUDIO 1.º La Iglesia se representa en diez vírgenes, cinco prudentes y cinco necias; todas las cuales se durmieron ó dormitaron hasta que llegó el Esposo.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de ser prudente y vigilar para cuando el Señor te llame.

Punto 1.º *Á quiénes representan las diez vírgenes.*—Considera cómo las diez vírgenes de la parábola representan á todos los hombres que pertenecen á la Iglesia de Jesucristo; y así como de estas diez vírgenes, cinco eran prudentes, porque tenían las lámparas encendidas y aceite para cebarlas, y otras cinco eran necias, porque tenían las lámparas, pero carecían de aceite; del propio modo, entre los que pertenecen á la Iglesia, aunque todos poseen la fe y las obras comunes de los cristianos, y todos están esperando la venida del Esposo, unos son prudentes y se aperciben con lo necesario para recibirle, y otros son necios, y proveyéndose de algunas cosas, dejan otras que son muy necesarias. Son necios aquellos que tienen lámparas, pero con muy poco aceite, ó del todo carecen de él; esto es, tienen fe, y no caridad; luz de verdades, y no el óleo de las virtudes; lámparas que lucen con obras exteriores, y no los afectos fervorosos de las obras interiores; tienen, á veces, devoción sensible que dura poco, pero carecen de la devoción substancial; tienen virginidad y entereza de cuerpo, y no la pureza y entereza del espíritu; tienen estado de perfección, y mucha imperfección con intenciones muy terrenas y groseras. ¡Qué necedad es esperar con tan mal aparejo á un Esposo que tiene ojos de lince y penetra lo más recóndito del corazón! Los prudentes, al contrario, como las vírgenes sabias, tienen lámparas llenas de aceite, y las vasijas bien provistas; porque tienen fe y caridad, luz de verdades y virtudes, obras exteriores é interiores, pureza del cuerpo y del espíritu, y, finalmente, todo lo bueno que ha de durar hasta la vida eterna. No se contentan con la fe que ha de cesar, ni con lo agradable á los hombres que acaba con la muerte, sino procuran la sabiduría del espíritu, la piedad y la caridad, que nunca desfallece, y la ropa de bodas que agrada al Esposo. ¡Oh prudencia y discreción digna de hombres cristianos, que obran lo que creen, y se aperciben de modo que puedan recibir lo que esperan! ¿La poseemos nosotros? ¿Somos prudentes ó necios? ¡Oh Dios de mi alma! Dadme esta prudencia y discreción, para que

1 Matth., xxv, 1. — 2 I Tim., iv, 8; Ephes., i, 17.